

GUIXOLENSES POR EL MUNDO

Eramos de las pocas, escasísimas publicaciones que no caímos en la tentación de convertirnos en agentes publicitarios del Principado de Mónaco. Y no por nada especial y concreto, sino más bien porque ninguno de nuestros redactores quiso al parecer darse por enterado del revuelo que armó entre la fantasía y la curiosidad humana uno de los países más diminutos del mundo.

Pero bien visto está que cuando la fastuosidad asoma cabeza, lo que menos importa es el área y longitud de un territorio, o el número y densidad de su censo demográfico. Cualquier fausto celebrado entre las cuatro paredes de un salón de postín, puede viajar por nuestro mundo a velocidades de meteoro y adquirir la misma resonancia que en otro aspecto obtuvo la explosión del artefacto que cegó de luz mortal el cielo de Hiroshima. He ahí por donde los extremos han vuelto a tocarse, con lo que la gestión periodística, lo mismo ayer en el Japón que hoy en Mónaco, no ha hecho más que ratificarse en una de las muchas verdades que siguen y seguirán regulando nuestra vida.

En la escena universal hubo cambio de decorado

Cosa que, a decir verdad, nos vino muy de perilla. Las generaciones nacidas en el siglo que corremos, tenemos razones suficientes para sentirnos hastiados de ese mundo que, a cuanto más viejo, menos sienta la cabeza.

Felices fueron nuestros abuelos aún ignorando los ingenios y maravillas de nuestros días. Vivían sin duda más despacio, y quizás por eso disponían de mayor tiempo para el cultivo de buena parte de las bondades que nuestro mundo está liquidando a precios de saldo.

No hay como hechar todas las mañanas un vistazo a la prensa, para darse cuenta de que ni las inyecciones atómi-

La Real cocina de Mónaco rendida a la pericia de un gordo muy simpático.

cas son ya capaces de quitarle esa especie de viruela incrustada en la piel de buenas partes del mapa. Hoy damos y tenemos la sensación de que vivimos de prestado. Que alguien a cada instante nos concede el honor de perdonarnos la vida. Hay momentos en que visto el planeta a través de la tremenda baraundera de odios y codicias, uno llega hasta a dudar de si hoy Maragall podría rubricar de nuevo su canto espiritual en honor y elogio de esta vida.

Por eso la irrupción en escena del gran espectáculo que fué la feliz coronación del idilio de Mónaco, cayó como la blanca substancia del bíblico maná sobre un mundo hambriento. El que todavía no ha perdido la ilusión que se proporciona al contemplarse a través de un cristal rosa, igual al que llevaban los focos que los reporteros establecieron en Mónaco para captar las veraces escenas de la última película que, de espaldas a la ficción, ha interpretado Grace Kelly.

Un serio golpe a la literatura tremendista

Aunque nuestra afición por las vanidades tenga, a Dios gracias, mucho que desear, no por ello dejamos de reconocer que ese gran espectáculo principesco ha asentado temporalmente un duro golpe a los cuervos que en función periodística se dedican a la caza de la noticia sangrienta.

La malsana curiosidad de recrearse en el detalle de la suegra que muere apuñalada por su yerno, de la historia de una madre desnaturalizada que mata o abandona a su hijo, o la del reo que sube al patíbulo por dictado de la justicia, es prueba del histerismo que cierta gente padece y que la boda real, por unas cuantas semanas, relegó a segundo término.

En este aspecto, la dádiva no pudo ser más apreciable. Lástima que los principes anden tan escasos y que no podamos dar a cada estrella del cinema un galán con entorchados para crear semanalmente una nueva opereta. Una especie de «Desfile del amor» que, al igual y como vimos en el capítulo que precede, sigue también en el presente haciéndonos mucha falta.

El «Cocinero Real» originario de San Feliu de Guixols

He ahí el motivo por el cual nos sentimos obligados a dar cabida en estas páginas al acontecimiento que fué el enlace de Su Alteza Serenísima el Príncipe de Mónaco. Poco sabía nuestro buen amigo Jaime Pol Girbal a lo mucho que nos obligaba, cuando en su función periodística de enviado especial dió la noticia en su crónica publicada por «El Correo Catalán».

Por su dictado sabemos que Antoine Vidal Blanchi es un señor muy gordo y muy simpático, conocidísimo en la Costa Azul. Cocinero mayor del Gran Hotel París, de Montecarlo, domina la cocina nacional francesa y además es un genio en el arte de los sofritos. Antoine es hijo de un tal Vicente Vidal Fuster catalán nacido en San Feliu de Guixols y emigrado en el año 1.909. Su padre poseyó un cafetín en el «Port Vieux» de Marsella. Antoine, en Montecarlo, es una verdadera institución. Ha cocinado para las más grandes fortunas de la tierra. Personalmente, es varias veces millonario. El príncipe Raniero le nombró cocinero real hace tres años. Vidal cuida personalmente los menús principescos solo en las grandes ocasiones.

Lástima que esta noticia, dada, ahora por nuestro colega Pol, no la hubiéramos

conocido antes. De lo contrario damos como seguro que ANCORA habría publicado en exclusiva un reportaje que por venir de quien se trataba, hubiera habido motivo más que sobrado para chuparnos hasta los dedos.

La ciudad no puede olvidar

Entre aquella porción de cosas que por propia exigencia echamos muy de menos, falta a nuestro juicio que alguien se imponga la benedictina tarea de meter en un fichero a todos los guixolenses que se hallan desperdigados por el Mundo.

Esta labor de volver a reunir a nuestra gran familia guixolense aunque no fuera más que sobre la cartulina de unas fichas, creemos que se vería sobradamente compensada por el beneficio que a menudo y en ciertos casos podría reportarnos.

Amén de reunir un sin fin de curiosidades tanto para la anécdota como para la historia, daríamos a nuestros miembros dispersos la sensación de que nada pierde la sangre ni la hermandad a pesar de su distancia o lejanía.

Sabríamos, por ejemplo, no solo de que la real cocina de Mónaco se halla bajo el mando y la pericia de uno de nuestros descendientes, si que también, como a nosotros nos consta, de que ANCORA llega a una monjita guixolense hasta las mismas regiones del Polo, a través de un señor que la recibe en Santiago de Chile y en cadena la pasa a otros cinco guixolenses residentes en sudamérica.

Sabríamos al igual, como nos cuenta la anécdota, que hace ya algunos años otro guixolense figuraba como rey y soberano de una tribu africana.

Vale, pues, la pena de emzar cuanto antes esta tarea. Y ni decir cabe que nosotros estamos dispuestos a intervenir de una manera activa si es que formalmente pretendemos llevarla a cabo. Por lo menos de esta propuesta constituye el móvil y la razón de haber escrito el presente reportaje.